



*Pregón Oficial
de la Semana Santa
de la Ciudad de Granada 2021*



Fotografía:
María Stma. de la Estrella

Fotógrafo:
José Velasco Fernández

Edita:
**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y
COFRADÍAS DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD GRANADA**

Depósito Legal:
GR 237-2021

Imprime:
Impresiones Nazarí, S.C.A.



PREGÓN OFICIAL
de la
SEMANA SANTA
de la Ciudad de Granada

UN SUEÑO DE ESPERANZA

D. Fernando Díaz de la Guardia López

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES
Y COFRADÍAS DE SEMANA SANTA
DE LA CIUDAD DE GRANADA**

**DOMINGO, 21 DE FEBRERO DE 2021
PALACIO DE CONGRESOS DE GRANADA**

*A mis padres que me descubrieron Granada.
A mi hermanos que me acompañaron.
A Lucía y a mis hijos: mi razón de ser.*

*En memoria de mi tía María Dolores,
hermana de la Congregación de las Esclavas
del Santísimo y de la Inmaculada.*

A Granada. “Siempre Granada”.

INDICE

Capítulo I:

Cree recordar aquello que le contaron (Esperanza)

Capítulo II

El viaje de las estaciones (sublime sencillez)

Capítulo III

Emperadores, pintores y niños eternos

Capítulo IV

Recogimiento místico

Capítulo V

Silencio y la metáfora del agua

Capítulo VI

Catedral del cielo (firmamento de claveles)

Capítulo VII

Epílogo: un sueño de primavera

Cree recordar aquello que le contaron (Esperanza)

Me atrapa más que nunca tu nombre. Quiero tener Esperanza. Eso dice Cecilio, mientras una estampa de Nuestra Señora de la Esperanza cuelga del escapulario del cabecero de la cama en la planta de la UCI del Hospital Clínico. Es de noche y se fuerza artificialmente una penumbra de luz atenuada. Cecilio sueña con aquella tarde de penumbra mágica en el interior de la iglesia de San Gil y Santa Ana. Le parece recordar aquello que le contaron: el momento de trasladarla a su paso, el besamanos previo de amor, de profundidad intimidad, de hermanad cofrade. Cecilio sueña con la Esperanza y recuerda aquello que le contaron.

Sí, la salida entre lo real y lo imposible descendiendo por la escalinata, a gatas y con dignidad, con respeto y saber estar. Cecilio recuerda aquello que le contaron que, pese al bullicio de Plaza Nueva, el nazareno se aísla en la hora en la que todo confluye. Cecilio parece recordar aquello que le contaron. En la Calle Elvira vive una hermana devota de la Virgen. Apenas puede moverse, apenas puede bajar a la calle. “Le pasa lo mismo que a mí ahora”, se dice Cecilio. La anciana vive en un piso de una casa que da a un lateral y apenas puede ver el palio. Pero lo escucha. Cree escucharla. Los sonos de la banda, el murmullo de admiración, pero no es sólo eso, cree escucharla a ELLA y su mensaje eterno de Esperanza. Cecilio quiere recordar lo que le contaron.

Y convierte el olor de antiséptico, el ambiente de alcohol y yodo, en el aroma del incienso y transforma el sonido de los monitores con su persistente tintineo en un canto de trompetas y tambores y el susurro humano de los médicos de la UCI en un rezo junto al señor del Gran Poder. Y Cecilio se siente de vuelta a casa y percibe una alabanza a María Santísima Nuestra Señora de la Esperanza. Ya va de nuevo del brazo de su madre viviendo con profundo orgullo cofrade que trescientos años de vida nos contemplan y que en su mirada María concita los recuerdos buenos y los malos pero que siempre mira a mañana, siempre consuela a Granada diciendo entre sus mejillas, doloridas y encarnadas, que las lágrimas de la vida las derrama por todos: “no llores más hijo mío y ten fe en la hora aciaga”. Cecilio volvió del sueño y no recordaba nada, pero sabía que no había estado sólo y que siempre lo acompañó la Esperanza de Granada.

El viaje de las estaciones (sublime sencillez)

Buenas tardes. Dignísimas autoridades, hermanos mayores, queridos y admirados pregoneros antecesores en esta distinción y reto que asumo como el honor que significa: con la máxima humildad y total entusiasmo. Mi agradecimiento al pregonero Don Manuel Alejandro Amador Moya, que tanto me emocionó con su magnífico pregón de 2020, por entregarme las tapas de este pregón en un acto precioso en la Basílica de la Virgen de las Angustias, nuestra Patrona. Mi gratitud a la Federación de Hermandades y Cofradías y a su presidente Don Jesús Muros. Muchísimas gracias a mi querido compañero y presentador del pregón Don Luis Javier López. Gracias por tu cariño y tu generosidad hacia mi persona. Escuchar a Luis Javier es escuchar “El Llamador” de Granada, a mi casa profesional, Canal Sur, y representa una doble ilusión para mí. Muchísimas gracias a la Hermandad del Vía Crucis por atender mi deseo de disponer en el escenario del Estandarte de Cristo de la Hermandad Decana. Muchísimas gracias al escultor Don Israel Cornejo por su excelsa aportación del Ecce Homo que sublima nuestro contexto y que preside de modo evocador el escenario de exaltación pasionista y cofrade que propone el pregón. Queridos cofrades, queridos paisanos.

Desde Málaga donde ahora vivo se ve Granada. Bueno, se ve el techo de Granada. Se ve Sierra Nevada. Su nieve. Y eso me hace estar cerca. Cuando estoy en Sevilla busco montañas. ¿Sabían que volando de Barcelona a Sevilla se ve Sierra Nevada dominando Andalucía? Soy un humilde pregonero de mi tierra que la busca en cada ciprés que no está en su sitio. En cada atardecer alejado veo Sierra Elvira y su abrigo de iris morado en el contraluz de la tarde de primavera. Veo a Granada en cualquier plaza abierta, me siento que estoy en Birrambla o en Pasiegas.

Y en cualquier castillo busco la piedra bermeja. Y si estoy en un paseo romántico pienso en los plátanos de sombra del Salón y no hay bulevar que no me lleve a la Carrera. Granada es un sentimiento, tal vez un mito, una idea idealizada. Es Ítaca para el niño agustino que recorrió las acequias y las hazas de la vega pensando que el tiempo sería para siempre pero el ‘siempre’ se acaba. Y ya es un recuerdo Granada. Quiero soñar con ella para pregonar la Semana Santa más bella. Y el pregón no tendrá una pauta, será un sueño. Será el alma encerrada de admiración en una gota de cera incrustada y que se resiste a desaparecer, escondida, agazapada, manteniendo el recuerdo inalterable de aquella tarde de penitencia.

Y el pregón como los sueños no tendrá orden, será un álbum de sensaciones, de recuerdos y estampas cofrades. Un devocionario de Granada. No será ortodoxo de Domingo a Domingo, irá y vendrá por el tiempo y el espacio, de mármol a mármol, por la magia de las estaciones y sus engaños: de primaveras de nieve e inviernos cálidos. Volaré donde el sueño y la inspiración me lleven, donde quiera Granada. Como dice el maestro Tico Medina: “Granada, siempre Granada”.

Señor, permíteme soñar con Granada, permítenos soñar con Granada. Permítenos detener el tiempo un instante, retrasar las manecillas del reloj hasta un pasado que fue mejor sin olvidar un presente que nos hace mirar la vida de otra manera.

Intentando destilar lo mejor de cada instante preciso y por supuesto atisbando un futuro lleno de esperanza. Permíteme recuperar tantos momentos ante la ausencia ahora de la luz con el tiempo dentro del Juan Ramón Jiménez enamorado de Granada; ante la ausencia de la primavera de bambalinas mecidas al viento de una oración silenciosa compartida por miles de corazones en la ciudad como dice el lema en la fachada de la Casa de los Tiros donde el “corazón manda” con esa prudencia íntima y callada de Granada.

Permite que mi alma se convierta en palabra para que con toda la modestia puede imbuirme del ánimo de una ciudad que cada primavera se encoge y se escapa por su lorquiano puerto natural de estrellas en cada tarde de pasión, en cada verso, en cada tramo, en cada esquina doblada con la magia de la costalería, de la trabajadera de amor, del rachaeer voluntarioso, en la humildad descalza de un pueblo contemplativo ante la Belleza. Un pueblo que a falta de una escalera para subir a la cruz del cielo decidió esculpir en piedra el mayor de sus anhelos. En una plaza romana, en el campo de Marte, en el llano de las plegarias, en el corazón de la antigua judería, yace el Señor de los Favores, Cristo de Granada, y cada viernes suena en mi memoria lejana el rezo de las Siete Palabras. De Soledad testigo, de Soledad acompañada. De corneta estremecedora, de gentío en la explanada. Viernes Santo universal y diferente de Granada.

Es este un viaje de ida y vuelta. De principio y final para volver a empezar. El sentimiento cofrade está en la víspera. Es este un pregón de vísperas y de niños eternos. De estaciones de penitencia, de nombres y de recuerdos. El recuerdo infantil de olor a picatoste, de sabor a buñuelo, a canela y a roscos fritos; de aroma de naftalina de cuaresma buscando en el viejo ropero ordenado y perfecto la túnica y el capillo.

La plancha y su onda de vapor que el niño asocia en su mente con una nube de incienso, mientras suenan los campanilleros por el pasillo y el niño se pone erguido e imita una procesión marcando el paso baldosa a baldosa, mientras su madre interrumpe “niño, la merienda”. El chavea, quizá ahora, espera en su mente al hermano “aguaó” para disipar la sed del que sale de la parihuela para abrazar a sus hermanos tras una chicotá de orgullo con la ciudad emocionada de contemplar al Cielo por las calles de Granada.

Mi mente se acelera recuperando retales de la infancia. Ahora camino de la mano de mi madre hacia la Puerta de Elvira. Granada y sus evocaciones. Granada y sus singularidades desde el Gólgota andaluz del Sacromonte hasta la Puerta de Jerusalén que en realidad fue la Cora de Elvira. A los ojos de este emigrante orgulloso de su tierra no hay rincón de la geografía cofrade más evocador del paisaje evangélico que la Puerta de Elvira convertida en un fanal de contrastes de sol y de cielo azul Albaicín, en un jardín de exóticas palmas, en la mirada tierna del Señor, en sus manos firmes que nos sostienen a todos como sostiene con dulce firmeza las riendas del animal.

El Señor hace su entrada en Jerusalén o más bien en Granada que es donde dicen que van los albaicineros cada domingo cuando lo acompañan. El barrio. Durante los años de mayor dificultad cofradiera, en el Sábado de Pasión, los vecinos de la Calle Elvira llevaban hasta San Andrés claveles blancos y rojos, adorno y exorno de color. ¡Qué hermosa fe, darlo todo sin esperar nada y quizá careciendo de casi todo lo material! Como aquella anciana, de ropas remendadas, que depositaba en el cubo su media docena de flores sólo para que no faltaran. Como tampoco falta la Paz en la mirada de María. Recuerdo su transitar por mi barrio durante los años que la corporación partía desde la magnífica y no siempre reconocida portada del Perpetuo Socorro. En esa encrucijada hermosa de historia y santoral, de elegancia palaciega y templos rotundos. Allí, entre el bullicio de nacer y renacer del domingo de Ramos, entre las miradas de complicidad y el pellizco del primer día, del niño de estreno, vislumbré la sonrisa de Nacho, en su silla de ruedas, acompañado por su madre y diciéndole con sus ojos al mundo que no hay nada más bonito que ser cofrade. Niños eternos. Momentos inmortales. Desde el momento de entrar en la habitación para recoger la túnica en aquel armario de los tesoros. Aquel que encerraba en la parte de arriba las cajas del *portalico* de Belén y abajo el modesto ajuar de un nazareno, doblado con primor.

Comprendiendo que lo sublime está en lo sencillo. Como el milagro de la calle concepción de Zafra. El primer capataz de la hermandad de Nuestro Padre Jesús del Amor y la Entrega y María Santísima de la Concepción, Antonio Sánchez Osuna, “Antoñín”, invitó a un capataz sevillano para mostrarle por donde pasa un palio en Granada. Y el amigo hispalense le dijo “no te rías de mí, eso es imposible”. Pero “Antoñín” no se quedó ahí y le contó que en la esquina de la calle Concepción hay un farol y que hay una cuenta abierta para costear los estropicios y que nunca se quebró. Nunca, tal vez por esa suerte de esfuerzo, fe y pericia para portar a la elegancia de un paso de palio de formas ecuánimes, de equilibrio total. Por esa magia de esfuerzo y sensibilidad para que se agranden las callejuelas entre aromas de incienso, como se abrió el mar ante la inmensidad de un pueblo en peregrinación. ¿Cómo es posible que las formas de rectilínea geometría, de elegancia hecha varal, de brillo de plata, relámpago de belleza se ciñan y quepan por un callejero caótico? Quizá sea la emoción prendida en el rostro de María, modelada por barro del río de oro. El Darro le pide a sus piedras que levanten la espuma que le permita asomarse a su hija que en realidad es su Madre y ayudarla a consolar a Nuestro Padre Jesús del Amor y la Entrega. Misterios de una anochecida de Jueves Santo, de perfume embriagador del jardín de místicos aromas del paso de palio, mientras el convento de la Concepción, donde todo cobra sentido, aguarda. Volví ya de madrugada a la placeta desierta. A la cancela cerrada. Sabía que ya estabas dentro y que no estabas sola. Nunca lo está por sus monjas o por el recuerdo extendido de toda Granada.

De los miles que la anhelan, de los que la echan de menos en los pequeños detalles: en esa gota de cera derramada o en la llama de ilusión prendida en los ojos de aquella niña, en la llama de su alma. Niños eternos de la Concha que vuestra comunión dure para siempre porque después de cada siempre, de cada recuerdo, hay una víspera.

La víspera. ¿Acaso no está el sentimiento cofrade en la víspera? ¿Y qué es si no la víspera que una espera de horas, de días, de semanas marcadas con tiza en una pizarra? ¿Qué es si no la víspera que un sentimiento de tiempo, de expectativa feliz en el viaje por la vida? Un viaje de estaciones y de estaciones de penitencia. De calles de dolor y plazas de esperanza.

Vísperas. Como la venida espontánea de los vecinos de la calle Mulhacén o Marqués de Mondéjar acompañando a los hermanos de Jesús Despojado, mientras se preparan para el gran día de feliz inquietud por el barrio Fígares. ¡Qué hermosura de tramo entre las calles San José y Mulhacén! La perspectiva permite con-

templar todo el cortejo desplegado. ¡Cuántos recuerdos acumulados desde que el párroco Don Jesús Blanco abrió para la hermandad las puertas de San Emilio! ¡Cuántos recuerdos forman su álbum de nostalgias y alegrías como el Vía Crucis por Madrid en aquella embajada granadina en las jornadas de la juventud en la que palestinos e israelíes se abrazaban!

Quizá sea la fuerza de despojarse de todo y entregarse como lo hace María Santísima del Dulce Nombre al mayor sacrificio: la pérdida de un hijo para salvarnos a todos.

Silencio Blanco, profundo respeto ante la desazón en el rostro de María Santísima del Dulce Nombre en su Sacra Conversación con San Juan Evangelista. Presagio del tormento de su Hijo al que un sayón le ofrece mirra con vino para mitigar el dolor. Granada viste a Nuestro Padre Jesús Despojado con palabras de amor.

En la Semana Santa nada es por casualidad y toda encierra un sentido.

Su simbología es fascinante y nos conecta a través del tiempo. “Madre dolorosa, fuente de amor”. El lema mariano de la devoción de los Dolores, con un predicamento de siglos, adquiere en Granada una especial personalidad cofrade. Este año se cumplen sesenta de la bendición de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores. Sesenta años después se programa la exposición “Laetare-La memoria de la Madera”. Laetare quiere decir “alegraos”, es el nombre que recoge el cuarto domingo de cuaresma y es el título de la exposición en memoria del aniversario de la magnífica talla de Aurelio López Azaustre: madera para la memoria y la devoción. Nada es por casualidad.

Como nos recuerda Antonio Padial Bailón: “El color rosa anaranjado del manto, del palio y de la flor que exorna a la Virgen de los Dolores, o si se quiere, color asalmonado” es el color litúrgico que se usó en la fiesta de los Siete Dolores de la Virgen. Conexión con el color y con el impresionante corazón con las siete espadas de plata que realizara el genial José Navas Parejo. Siete espadas, siete dolores: “*¡Dulce Madre mía! Una espada traspasará tu alma*”.

Dolor y sacrificio. Sacrificio por amor. Como el de aquella mujer de Barcelona que cautivada por la Virgen de los Dolores volvía cada año hasta que en una ocasión enfermó y le prometió que regresaría para cumplir con la estación de penitencia. Y así fue que volvió a San Pedro y San Pablo. Es difícil encontrar enclaves más singulares y hermosos. Paisaje animado en su profunda nostalgia. Paisaje y vida. Antología cromática entre el pardo mudéjar de las fachadas, el verde de la

frondosidad y el palio salmón de María con la candelera crepitando en la noche del Lunes Santo bajo el cierre de celosía de la Casa del Cadí. La consuela el barrio y toda Granada porque es Madre y hay que consolarla en su profundo dolor, en el más terrible, en la pérdida de un hijo.

¡Cuántas madres se ven reflejadas en su mirada en la que buscan consuelo consolando, en mares de llanto, en oraciones calladas, hermosas plegarias de miradas entrelazadas del Albaicín y sus rincones a María Santísima de los Dolores!

Ser cofrade es sentirse costalero por la calle Baratillos en esa experiencia de amistad alimentada cada sábado de ensayo, compartiendo con Granada la pena contenida de María Santísima de la Encarnación junto a la Santa Iglesia Catedral que lleva por nombre SU advocación.

Cuando caen los faldones del paso surge la obediencia, el sentimiento de pertenencia y de hermandad de saberse *“to’ por iguá”* dispuestos a girar en el pie de la Torre, impulsados por la fortaleza de nuestro padre Jesús Cautivo. Bajo un faro de luz blanca y salvadora van los valientes por Pasiegas, allá van los valientes con su entrega. El olivo se inclina por respeto enmarcando con sus brazos vegetales la imagen cabizbaja del Cautivo de Granada. Matices de caoba, faroles dorados y un mar de hábitos marrones y capillos blancos. Blanca pureza de María, reina franciscana, suave policromía y manos recogidas abrazando en la mística distancia a su hijo y con Él a la ciudad que le acompaña. Granada, cautiva de amor, Domingo de Ramos, *“Te llaman Encarnación”*.

¡Qué privilegio para el vestidor revivir el ritual! En la intimidad de la capilla se exorna la belleza en un palio que es un joyero de amor. Arte y devoción, esencia de la Semana Santa, Granada cautiva de fervor. Domingo de Ramos. *“Te llaman Encarnación”*.

Hermandad y unidad. En palabras del Papa Francisco, *“Jesús después de la Última Cena rezó por los suyos para que todos seamos uno”*. Hermandad y unidad. Bajo la cúpula y la espadaña, junto al cobertizo y su pasillo, frente a los arcos de las enjutas con las iniciales de Isabel y Fernando; los frescos con la hornacina de la Virgen del Rosario, el sabio Fray Luis de Granada en la plaza meditando (*“¡Oh, muerte, cuán amarga es tu memoria. ¡Cuán presta tu venida! ¡Cuán secretos tus caminos! ¡Cuán dudosa tu hora!”*) el Realejo expectante aguarda e implora.

Como San Juan aguarda las palabras del Padre con esa mirada de amor insoslayable que muestra en el Apostolado de la Santa Cena. Apostolado hecho por el rostro de vecinos del barrio con el verismo impreso por Espinosa Cuadros. Los ojos de los Santos Apóstoles irradian amor, compromiso, temor (*“tener miedo es de prudentes saberlo vencer de valientes”*), dijo el conquistador, marinero y poeta Alonso de Ercilla), temor ante el reto, temor que se diluye ante la fuerza del Señor de la Santa Cena, “el Señor de la eterna sonrisa”. Judas Iscariote siente envidia de su tocayo Judas Tadeo que recibe las devotas peticiones todo el año.

¡Qué humano juego de gestos, miradas y semblantes! La tarde refulge sobre las potencias de Jesús, mientras el paso de misterio, con sus nueve palos, es un barco de costalería granadina, de rachear de rodillas. Brillante Domingo de Ramos. Granada llama a su “Cena” y “la Cena” llama a Granada.

Mientras, a María Santísima de la Victoria el Realejo le seca las lágrimas. Hay en su rostro una pena que se vuelve sonrisa o una sonrisa que se torna tristeza de vida. En su radiante belleza se refleja una petalada por la calle Jesús y María. “Madre, mira el azulejo, por los que fuimos, somos y seremos”, el lema de una cuadrilla, criada a trabajadera, que sabe del oficio bien hecho de llevar por Granada a “la Novia del Realejo”.

Vísperas. El Vía Crucis en el segundo domingo de Cuaresma de Nuestro Padre Jesús de las Tres Caídas, custodiado y venerado en el Monasterio de Santa Isabel La Real, representa el puente entre la belleza cofrade de la ciudad universal. Es imposible conectar más arte entre el Albaicín y el Realejo; al granadino en ese instante debiera decirse igual que al general romano: “recuerda que eres mortal” porque si la cuaresma brilla de esa manera ¡cómo será el Miércoles Santo volviendo por Pavaneras!

Pero el granadino se encierra en su expresión: exalta hacia la intimidad, sin darse importancia, como sólo Granada sabe bajar al que Ama desde el cerro al llano. El Señor en parihuela, tan cercano, por las esquinas pintorescas del barrio, entre las luces finales de la tarde, es una estampa del barroco como solo la Semana Santa sabe viajar a través de las estaciones del tiempo. Tras la clausura de un año, Jesús vuelve a Santo Domingo y Granada le promete su fe para levantarnos todos como Simón de Ciriné. El romano porta su decreto que Granada convierte, por obra del pregonero, en un testimonio de amor y respeto.

El Miércoles Santo, tras el trasiego de floristas y la exornación de los pasos, desciende un rayo de sol por las cristaleras del crucero y, a través de la neblina del incienso, derrama su luz sobre el paso de misterio. Un haz de luz. Aquella misma que alumbró la sensibilidad por el barrio y por su gente de José Ocaña Carmona, Pepe, “El Sota”, para impulsar una hermandad que sueña con el día que volverá a llevar por Granada a la Virgen del Rosario. A Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos.

Una Granada que repasa con nostalgia aquella *levantá* inolvidable por Paco Toro: “vamos a españolear” desde el Realejo a “Lepanto”. En una mano el pañuelo, en la otra el rosario con el que enseñó a rezar a Santo Domingo de Guzmán. Granada es una oración y es un sueño. Granada reza como sueña por otro lleno de respeto y fervor por la Calle Varela, con la salve marinera por Pasiegas; sueña con volver por su barrio rendido ante el paso de su Virgen del Rosario.

Emperadores, pintores y niños eternos

Quiso el emperador Carlos nacer el día de San Matías, iglesia y calle son un esbelto recodo imperial. Una esquina de vértigo ante la elegancia de los palacios que componen la vista de enfrente, un capricho urbanístico como sólo Granada convierte una esquina en un magisterio de historia, en una enciclopedia de arte. Y ese vértigo de la belleza se vive desde la escalinata con la perspectiva dominante del Señor de la Paciencia y María Santísima de las Penas cobijados en la elegancia hecha templo de San Matías. Es un privilegio para el visitante de una cofradía asistir al día de su salida procesional. Siempre me entusiasmó el orden de las corporaciones cofrades. Su capacidad de organización, su cariño por el detalle, su rigor en la estructura, la limpieza, la puntualidad. Son las hermandes un ejemplo de civismo y educación social, un referente para la juventud del whatsapp y el emoticono donde la función siempre se impone a la estética. En las hermandades de Semana Santa la función y la estética son consustanciales. No puede entenderse el montaje de un paso sin su prioste, cargo propio, granadino de siempre, y así aparece en el anillo de la cúpula de la ermita de San Sebastián de Granada. En su inscripción está la palabra de la autoridad: prioste. No puede entenderse la preservación de los enseres sin su albacea y los camaristas. No hay incienso sin turiferario ni el discurrir del paso sería posible sin su capataz, sin su Gerardo Sabador y su Jorge Mario. Ni habría agua para la cuadrilla sin su “aguaó”, ni candelera encendida sin su “diputao”, celador o canastilla.

Granada mira su vocabulario, su propio diccionario cofrade interrumpido en la desamortización decimonónica y recuperado en esta etapa de esplendor que no podría entenderse sin aquellos que siempre creyeron en nuestra tradición. Como no puede entenderse la hermandad de Paciencia y Penas sin el profesor Pérez Serabona. O sin su mayordomo sacramental Francisco Rivera Verdejo que se marchó hace un año al balcón del cielo para contemplar eternamente a Jesús de la Paciencia descendiendo por la escalinata, de trabajadera a hombro, en una inclinación de siglos que representa la etérea y eterna evocación de la Semana Santa.

Paciencia frente al castigo. Mirando con clemencia, con profunda serenidad ante el dolor afligido. La columna somos todos los que en realidad deseamos sostener el equilibrio de sentirse hermanos. Todos quienes de alguna forma hacen que suelte sus manos, amarradas al oprobio, para que siga bendiciendo al pueblo. Paciencia ante la enfermedad, ante el dolor, el desamparo, la injusticia, paciencia como expresión de fe. Su madre no puede evitar la pena y toda Granada la mira y la consuela a través de la calle de cirios que permite contemplar sus lágrimas de cristal reflejo de una inmensa pena por la que llora la ciudad. Junto al desfile morado de sotanillas, roquetes y esclavinas, junto a su argénteo paso Granada es un verso de cera que en la noche oscura alumbra a María Santísima de las Penas.

Noches de luz. Tardes de expectación. Hay en Granada un huerto con un ángel y un olivo. El Señor en la mirada ya presagia su destino y Granada se arremolina junto al monasterio para compartir su venida y si hace falta el tormento. Los ojos de Jesús buscan el cielo, espejo de Lunes Santo por las calles del Realejo. Entre valientes cruces de Santiago, capillos azules y cingulos blancos, discurre el cortejo y Granada extiende su manto para arropar con fervor al Señor de la Oración en el Huerto.

Es mencionar su nombre y situarnos en un enclave de espontánea espiritualidad que se construye cada año en el aire de un zaguán que parece estirarse y elevarse como la saeta de Enrique Morente, en su último *quejío*, en la que probablemente fue su última actuación antes de compartir su talento en el firmamento de las advocaciones de Granada. María Santísima de la Amargura Coronada. Reina Comendadora que concita todo el dolor pasionista como solo la gubia de un experimentado artista puede crear impulsado tal vez por un guion celestial, por la ortodoxia expresiva de las cejas serpenteantes, por su carnación viva, por el llanto sostenido en una ciudad rendida a la devoción de siglos: la Amargura de María.

Dolor sereno de Madre, dolor que aflige, conmueve y que Granada desea que acabe. Todos los detalles asombran. Granada busca el broche de la salamandra en el manto de la Madre Comendadora. Curiosidad, devoción y sueño.

Granada sueña con su Getsemaní y la cofradía sueña con el sábado de pasión en el que Adrián, el prioste, busca el árbol que la tierra crea para evocar el evangelio en un lunes sagrado por las calles del Realejo.

Citar el Monasterio de la Madre de Dios de las Comendadoras de Santiago, de la calle Santiago, es recordar a una amiga: Maribel Morcillo, artesana del hilo y del bordado, sobrina de la genial Trinidad; es recordar una tarde esperando a la hermandad con Maribel y hablando de su tía que guardó estrecha vinculación comendadora. Y por supuesto hablando de su padre, el colosal retratista Gabriel Morcillo que dejó un motivo pictórico cofrade en el estandarte de la hermandad del Vía Crucis. Me voy con la memoria hasta el taller del pintor subiendo por Plegadero Alto, al Carmen de los Favores. Allí pasó su vida y parte de su obra el pintor que afirmó, según recopila José Medina Villalba, “no le concedo ningún valor a la obra creada, pero sí un valor infinito al acto creador”. Siempre es “empezar, empezar, siempre empezar. Acabar es un triste fracaso”.

Del jardín romántico del Carmen de los Favores salí al encuentro por primera vez de la hermandad homónima en una tarde de Viernes Santo, junto a mi padre, viernes de campanas solemnes en San Cecilio. Viernes de azul primavera, de nieve de nube de sierra asomada al balcón de Granada. De pintoresquismo granadino: de castillo rojo, de carmen blanco, de cipreses disparados al cielo y destacado, en medio de tan fascinante lienzo, la portada de Juan de Marquina, ¡qué estampa más granadina! La Semana Santa tiene el poder de “empezar, empezar y siempre empezar” lo ya dicho, visto y vivido. Por mucho que se repita el paisaje, la escena, el lienzo, la vida se apodera del tiempo lento y la nostalgia comienza a caminar.

La nostalgia se adueña de todo recordando a Pilar y Antonio asomados a su balcón de la casa morisca. Balcones de Semana Santa. Nombres de Semana Santa. Sor Griselda y su rosario para María Santísima de la Misericordia Coronada. Por desgracia el virus nos arrebató a la hermana dominica, la monja cofrade, si bien nunca podrá llevarse su obra y su estela de generosidad. Nombres cofrades como Antonio Sánchez Osuna o Pepe Barrales, esencia e impulso de la hermandad. Estampa granadina: portada de Juan de Marquina, la banda de la Pasión de Linares y la Cuesta de San Cecilio hecha un mar de sol naranja y terciopelo burdeos.

Ya asoman los candelabros de guardabrisas expresando con su temblor el miedo al ver al Señor, recién expirado, con el rostro sobre el pecho y con la sangre desbordando. Santísimo Cristo de los Favores.

De la mística y la poesía a la tarde radiantemente humana. Un chavea, sin quitar sus ojos del Señor de la Cruz arbórea, le pregunta a su madre: “¿le duele?”. Y la madre, con ternura, le responde “me duele a mí porque a Él le duele”. Madres. Las madres. Sabe que su hijo acaba de morir, sus labios entreabiertos buscan tal vez los besos perdidos, el “te quiero” a tiempo no dicho; los abrazos que nos debemos, el cariño extraviado (...). “Madre de la Misericordia, te pedimos por los ausentes, a TI que como nadie sabes el significado de perder”.

Tras el eco de cornetas y tambores la plaza pierde su vista. ¡Qué enorme tristeza! El Realejo espera en un duermevela de siglos hasta que por fin regresa. Para los hermanos de Los Favores volver al Campo del Príncipe es regresar a Tierra Santa. El vecino Manuel de Falla bajaba desde la Antequeruela a San Cecilio para escuchar misa y la vecina Conchita Barrecheguren dejó dicho: “*Mi amor será un Dios crucificado. Mi arma la Oración. Mi fortaleza la Eucaristía. Mi recreo Jesús niño*”. Niños del campo del príncipe”. Nocturno de infinitos matices: castillo rojo, carmen blanco junto a la portada de Juan de Marquina. ¡Qué estampa tan granadina!

La Semana Santa invita a la reflexión, a la contemplación, a la abstracción de los sentidos cautivados desde el momento de la espera. La Semana Santa nos permite disfrutar con la mirada arriba de Granada. De cada enclave, de cada calle, de la sonrisa del niño facundillo el domingo de Pascua. El maestro Juan Bustos, cronista oficial de Granada, siempre me decía “niño, levanta la cabeza cuando vayas por Granada, no pierdas detalle; repara en cada cornisa, en cada dintel (...), mira por encima de escaparates y soportales porque te sorprenderás con la ciudad antigua y romántica”. La Semana Santa nos invita a la reflexión en medio del ruido. Pero incluso más allá del enclave de Granada la reflexión íntima de cada uno puede llevarnos a la honda expresividad de las imágenes pasionistas, de su significado, de su evocación. Granada es un Evangelio abierto atendiendo al Señor de la Humildad. Describe San Marcos:

“Lo vistieron de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron. ¡Salve rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña. Le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante él.”

El relato evangélico es una crónica de la tortura, del mal por el mal. De la profusa violencia del ser humano, de su miedo al diferente y de su temor al poder del amor, del miedo al seguimiento unánime de los valores que nos hacen mejores. El Señor de la Humildad me inspira a pedir perdón como ser humano.

Recuerdo saliendo del museo del Holocausto de Jerusalén a un ciudadano alemán que, llorando, y en nombre de su pueblo se arrojó al suelo, y enfrente de otros visitantes, de las más variadas culturas, pidió perdón por el horror que en realidad no le correspondía. O en realidad nos corresponde a todos pedir perdón como seres humanos ante la infamia de intentar destruir, como hace más de dos mil años, al que dio su vida por la humanidad. La espalda del Señor de la Humildad, apenas cubierta por la clámide, refleja el ensañamiento de la sinrazón.

Miro la cara de Jesús avanzando sobre su paso, sonando el himno al Señor de *la Cañilla*, y siento el deseo de consolar... pero en realidad ÉL es quién consuela con su mirada serena, de perdón ante la soberbia, cruzando la ciudad; es ÉL y solo ÉL quién conforta: el Señor de la Humildad.

Miradas. Lo sabe bien Alberto Ortega, capataz. Volviendo con La Soledad el Viernes Santo había un niño en silla de ruedas que sólo se expresaba con la mirada y su mirada lo decía todo. En ese instante de mística ternura, de indescifrable comunicación entre La Soledad y el niño, el paso se detuvo mientras el tiempo lento de la Semana Santa, de la reflexión, la contemplación y la abstracción de los sentidos lo envolvía todo como el sudario extendido en su sagrado regazo envuelve los corazones de los devotos. Lloro la Soledad y el ángel cabizbajo y compungido sostiene las tenazas. Lloro Granada, pero no está sola. La Soledad no está sola y el niño dice con los ojos de su alma que tampoco está solo. Ya nunca estará solo.

Niños eternos. Corazones de ilusión como Manuel Padial, “Manolón”. Desde sus pregones de juventud siempre aportó entusiasmo a la Agrupación del Dulce Nombre de Jesús. Nombres de Semana Santa como el de Jacinto Morente que propició la recuperación de esta juventud para nuestra tradición. Eternos facundillos, futuros costaleros y hasta hermanos mayores. Martes de Humildad, viernes eucarístico y domingo de infancia: ¡campanillas de barro repicad sin parar y anunciad el domingo de Pascua!

Niños eternos. Campanillos eternos del Resucitado.

Niños que ya son adultos en la junta de gobierno de la hermandad. Generaciones conectadas por la ilusión de sentirse hermanos todo el año y con el sueño de

volver el Sagrario, en la mañana del domingo, para compartir el mensaje más esperado: Cristo ha resucitado. Granada se eleva con el Santísimo Cristo Resucitado con ese impulso ascendente desde el sepulcro hacia los brazos del Padre, mientras suena el Ave María de Caccini.

Misterio de Fe. El Señor en primer término avanzando, justo detrás María Magdalena; arrodillado San Pedro, el pescador de almas. Y San Juan mantiene su esperanzador diálogo con María, la Virgen de la Alegría. Representación del gozo de la Madre que sabe que Jesús ha vuelto a la vida, camina a su encuentro y le sigue toda Granada. La alegría de alegrar en un gesto, en una mirada, como aquella mujer joven que de rodillas en la calle Alhóndiga parecía implorar con su gesto silente. No cambió su ademán hasta que perdió de vista a la hermandad.

Recuerdo de hermandad como la orientación costalera del maestro de capataces Dionisio Martínez. Recuerdo de amor como aquel día que Eduardo Iáñez, el actual hermano mayor, y María José García Escobar, directora del Centro de Estudios Cofrades, marido y mujer, guardaban las virtudes del primer *gubiaz* de Barbero Gor. Amor por el Misterio de Fe. Amor y alegría en la esperanza de la vida.

Granada de domingo resucitado, de fervor compartido, de eternos campanillos.

Recogimiento místico

Recogimiento. Llegué a la Semana Santa en la edad adulta y fue por un encargo profesional. Y me afané en descubrir todo lo que la infancia no me había descubierto. Cuando de mayor eliges fascinarte rejuveneces. Lo que al experimentado le resulta cotidiano al novel le parece un hallazgo. Y así me pasó un Lunes Santo. En estos dos años de intenso dolor, de la muerte desacompañada del ser querido, del enfermo en permanente defensa de sus defensas frente al virus, miramos el rostro desgarrador del cansancio y la muerte que nunca es el final para el creyente y que concentra su profunda expresión en el rostro del Santísimo Cristo de San Agustín. Protector de Granada, bendito intercesor ante plagas, terremotos y epidemias históricas. Lo vi por primera vez en las inmediaciones de la plaza de Mariana Pineda, la sacrificada, la heroína de la libertad. De repente me encontré con la imponente imagen del hijo de Dios, con el mayor sacrificio de la Historia Sagrada, rodeado por un cortejo de austera elegancia y música de cámara. Y volví año tras año para descubrir el profundo recogimiento de la ciudad junto al con-

vento de las Clarisas Franciscanas del Santo Ángel. El sonido fúnebre de las campanas, el silencio de la muchedumbre por la calle San Antón y la cruz plateada recortando su figura a través de la entrada del convento. Desde todos los puntos de España proceden para acompañar o para realizar la estación de penitencia. Hay hermanos de cerca de noventa años bajo la túnica portando su cirio. Y otros tantos veteranos con su silla esperando a disfrutar de la reflexión ante Él o ante la Madre.

No pudo elegirse una advocación más razonada que la de Consolación ante la imagen de profundo patetismo del Señor crucificado. Ya caminan Madre e Hijo su Pena y su Consuelo enfilando la noche cerrada. Ya caminan sobre su paso y las campanas anuncian una noticia esperada. Como dijo el poeta: “la muerte es una vida vivida y la vida es una muerte que espera”. Y el devoto conservará en su memoria hasta volverlo a contemplar al fin aquella noche serena del alma ante la imagen del Cristo de San Agustín, el Protector de Granada.

Granada ciudad de inspiración trascendente. Reflejo del paraíso cada primavera, de la sierra con su piel de cebrá, de la Sabica, del cerro del sol. No es de extrañar que San Juan de la Cruz pudiera inspirar su cántico espiritual en esta tierra de cumbres cinceladas como ninguna por la mano del Creador: *“Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura; y, yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura”*.

Imaginemos aquella estación de penitencia del Nazareno que hace siglos partía del convento de los Mártires a las cuatro de la noche del Viernes Santo para regresar de amanecida y celebrar los santos oficios. La geografía devocional y la historia se superponen en Granada. Heredera de aquella tradición, hace cuarenta años, se produjo la fundación de la Hermandad de Jesús Nazareno y María Santísima de la Merced.

Fue la Providencia quién situó y devolvió a la hermandad del Nazareno a otro convento carmelita. Convento de San José de las Carmelitas Descalzas. Plaza de San Juan de la Cruz. Cuatrocientos años después del origen de la primitiva hermandad realizaba de nuevo su estación de penitencia. Es fascinante la relación de la orden, a través de las reglas, de su esencia de recogimiento tan característica desde siempre. Igual que siempre impacta su silencio vespertino que irrumpe en medio de los ecos de las bandas que se mezclan en la tarde del Miércoles Santo. Semana Santa interior. Cada día, todo el año. Como ese momento de intimidad del hermano mayor, hace un año, justo antes de la declaración del Estado de Alarma. Recibieron en la iglesia a un matrimonio de

la hermandad nazarena de Córdoba. Un momento de sosiego necesario ante la incertidumbre de lo desconocido, de lo que tristemente se avecinaba. Justo antes de que oficialmente nuestras vidas cambiaran tal vez para siempre hubo un tiempo para la quietud de una de tarde de luz tenue soñando con otra estación de penitencia, con la cuadrilla de costaleros que originó la hermandad para portar por Granada a María Santísima de la Merced acompañando al Señor de las Descalzas camino del Calvario. Ya camina el desfile de tela de sarga morada y los cíngulos de esparto. Ya camina Granada, igual que entonces, vestida por su hermosura, dibujando un invisible abrazo de respeto para ayudar con la Cruz a nuestro Padre Jesús Nazareno.

La Semana Santa puede atraer al descreído pero difícilmente al insensible. No hay manifestación de arte capaz de integrar tanto esfuerzo de diferentes épocas por el amor reverencial. El amor a la imagen de la Soledad del Santo Sepulcro. El conjunto forma un magisterio de épocas al objeto de la belleza y la devoción. Los cuarterones, el apostolado, los respiraderos, los faroles de Rafael Moreno, orfebrería granadina que recuerdo de mis visitas con mi padre a su taller, y por encima de todo, como clave de todo, la Soledad de José de Mora. ¡Imponente silueta de siglos para la desgarradora expresión de María! Conexión de siglos con el corazón cofrade, con el corazón creyente, con el corazón sensible. Desde San Juan Pablo II, junto al altar de la Virgen Servita en su visita papal de 1982, hasta los fieles que la buscan en la iglesia de San Gil o Santa Ana o salen a su encuentro por las calles de Granada. El recogimiento que reflejan sus camareras, o la misa del último domingo de cada mes. La emoción del hermano mayor José Ruiz Pérez reimpulsando la hermandad. La emoción de la actual hermana mayor Blanca Sánchez Agesta aquella primera vez que elevó su voz entrecortada en la salida procesional para llevar el rostro de la Verdad. La verdad de Carmen González Peláez, que ya acompaña a la Soledad desde el cielo después de su entrega de hermana, haciendo mascarillas durante el confinamiento pese a su enfermedad. Sacrificio sin esperar nada a cambio. Solidaridad y caridad cofrade que nunca se dice, que casi no se sabe, porque así lo quieren los hermanos.

Hermanos custodios de la tradición y de los valores cristianos, blancos Caballeros del Santo Sepulcro, custodios del Señor Yacente. Principio y final. Procesión oficial de nuestra Semana Santa. Añooro su presencia, el cortejo devocionario de la Hermandad del Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad del Calvario.

Silencio y la metáfora del agua

Recogimiento. Recogimiento místico. En la quietud del templo. Resplandece el impactante reflejo de la muerte serena, de la majestad infinita y de la vida zanjada. El misterio de la Cruz interpretado por la esencia de la imaginaria andaluza, contado por la sagrada escritura, evocado por la feligresía, aparece ahora ante la mirada solitaria del devoto cautivado por la armonía que describe el final que en realidad es el principio de la más grande historia, por el impacto de contemplar al Santísimo Cristo de la Misericordia.

La historia sublime, llevada a lo cofrade, también se escribe con nombres y recuerdos. Como José María Alonso que, siempre discreto como obedece la propia regla de la hermandad, mantuvo la tradición incluso en los años decadentes, saliendo en estación de penitencia con una quincena de hermanos y la imagen del Señor sobre unas andas. Me permiten hablar de él por el propio homenaje que supone pronunciar el nombre y su legado, el legado de quién gracias a su persistencia, su perseverancia mantuvo en el tiempo el ritual de las emociones. Emociones. Es ahí cuando entiendes que las tradiciones nos conectan para encontrarnos en nuestros orígenes, para valorar lo puro, lo auténtico que no por repetido deja de ser cautivador. Emociones. Siempre como el primer día.

La oración previa, la apertura del templo, el arrullo de un agua de siglos y el Silencio. Silencio de tambor destemplado, silencio de respeto en tiempos de ruido. A su paso las luces menguan hasta quedar solo la muchedumbre, solo el vacío inerte de miles de almas apiñadas en pasillos, puentes y terrazas. La brisa de Valparaíso voltea las banderas de la Torre de la Vela que ya miran hacia la ciudad anunciando la primavera. Las miradas se elevan buscando Misericordia y la alcazaba se inclina para vislumbrar cómo transcurre la Gloria. Una mujer a mi lado, entre el arrullo del Darro y el tambor destemplado, expresa con llanto de tres palabras su credo o quizá es sólo un consejo hilado por el mismo rezo para decir en su conmovedor respeto: “Silencio, Silencio, Silencio”.

Es imposible no fascinarse en la geografía sentimental de la Semana Santa de Granada ante semejante momento.

¡Qué ironía la del Darro! El de los *puentecicos* humildes que recuerdan un nacimiento de corcho. El del cuadro otoñal de lo que fue y lo que pudo ser, de esa inerte quietud de la historia que se condesa en el valle urbano más hermoso de toda Europa. ¡Qué contraste entre la magnificencia encantada de la fortaleza, la

sencillez del caserío blanco y al fin los conventos y las fachadas blasonadas! No hay río mejor custodiado. Se envuelve además de las más poéticas y sentidas advocaciones marianas y del eco del tronío flamenco. El Darro es la alberca viva en la que Benítez Carrasco agradecía: *“mil gracias alberca porque herida de estrellas esta noche me pones tan a mano el alto cielo”*.

Quiso la piedra darle el don del oro y el hombre le construyó un paraíso. El Darro es el reflejo de la vida, de los buenos y los malos momentos. Con su mañana de golondrinas, con la juventud del agua renovada y de repente: la oscuridad. ¡Qué triste castigo! ¡Qué enorme penitencia! Hacerlo procesionar en tinieblas, encerrado en las entrañas de Granada. Llorando con su agua oculta, murmullo de nostalgias. Desde el sótano de Puerta Real, Darro le pregunta a *Granaillo*, testigo de la Carrera Oficial, si ha pasado aquel niño albaicín que vestido de nazareno el río lo ve jugar por la tarde en el paseo.

¡Qué eterna melancolía la de no dejarse mirar por el embovedado de Puerta Real! El Darro es una metáfora de la luz que siempre se impone a la oscuridad. Quiso el Señor animarlo, “Darro, no pierdas la fe” y el Darro en su desembocadura levantó la frente para observar por el puente, en un atardecer incendiado, la Imagen cruzando, del Santísimo Cristo de la Expiración, Señor de los Escolapios.

Referir Los Escolapios me lleva a una tarde por el Paseo del Salón viendo las hogueras encendidas en el lecho original del río. ¡Qué hermoso paisaje de agua, fuego y piedra! Mi suegro, que ya se fue junto al Padre hace años, vecino de la Colonia de Cervantes, me hablaba del padre Iniesta y de su pregón “los santos a la calle”. Me hablaba de Don Enrique, que no dudaba en interpretar al órgano la canción jornalera “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal” y que animó a los más jóvenes a contar, cantar y vivir la Semana Santa, describiendo con precisión sensible un palio o ilusionando a todos cuando más falta hacía el impulso del entusiasmo. Un impulso acrecentado ante el ejemplo de la imagen del Señor, el verismo místico que Sánchez Mesa esculpió para alcanzar la expiración más natural, sobrecogedora y definitiva. El rostro del Señor expresa un tránsito de agotamiento tras haber cumplido su misión por todos nosotros. Vísperas que lo son casi todo. Como ese ritual de llevar al Santísimo Cristo de la Expiración desde el Coro de San José de Calasanz hasta el paso. ¡Qué impresionante cuaresma tiene Granada! ¡Qué hermosa Semana Santa!

¡Qué feliz momento de reflexión volviendo por la Carrera de la Virgen, girando el rostro a la casa de la Patrona, la Virgen de las Angustias, y reflexionando tras

el antifaz sobre una imagen que se eleva hacia el cielo clavando su mirada en la luz sin parangón de Granada!

El Darro, en su último momento, es testigo. El Darro ahí vuelve feliz a la vida y se funde con su hermano. El Río Genil extiende su brazo: “querido Darro, no dejes de valorar lo pasado. No te hagas más daño. Aprecia que nuestros hermanos, Beiro, Dilar, Monachil, al menos en su tramo urbano, no gozan de tus encantos y quédate a contemplar el Cielo que viene desde el Zaidín y Los Vergeles: la Semana Santa del barrio, de Lanzada, Redención, Resurrección y Trabajo. Semana Santa de un barrio convertido en capital de los sentimientos abrazados.

Metáfora del agua. Metáfora del espacio y el tiempo.

Vergel de Vergeles. De corazones reforzados en la meta de la Resurrección. De aquellas conversaciones cofrades en la calle Navas para que Granada celebrara la resurrección y la vida. De aquellas conversaciones, tras años de empeño, llegaría su Triunfo. Ilusión por volver a empezar siempre: la esencia de Fernando Olmos. Desde los tiempos de los duros y rápidos montajes callejeros o del incendio. Ninguna adversidad pudo con el entusiasmo de la hermandad, con el deseo de resurgir, de resucitar; hermandad cada día del año y por supuesto en la estación de penitencia. Habrá tradición mientras crujan los fuegos artificiales anunciando la Resurrección. Así fue hace un año. Y de nuevo el barrio salió al balcón aunque el desfile procesional no se celebrara. De nuevo salieron aquellos vecinos mayores a su terraza, silla de ruedas incluida, para ver a Nuestra Señora del Triunfo. Para verla o para soñarla. En su faltriquera hay un álbum de miradas. Cientos de fotos de hermanos y devotos.

María porta el peso de la misericordia mientras el Señor mira a Granada con la serena dulzura de quién sabe que la amargura valió la pena. Flores y frutas exornan la magia. Ya van por el puente Blanco y los ríos de Granada reman sus tristezas con el remo de la ilusión tan solo con mirar a los ojos del señor de la Resurrección.

Metáfora del agua. Una pareja de libélulas alzó el vuelo para posarse en el palio de Nuestra Señora de la Salud. Quizá para enjugar su rostro cruzado por lágrimas de la fuente de sus ojos. La pareja encontró a otras muchas libélulas forjadas por la mano del artesano y repartidas por el paso de palio y quisieron ser como ellas jóvenes para siempre: una joya... pero no una cualquiera. Comprendieron la suerte que tenían de quedar fijadas en vida junto a la Madre. ¡Qué precioso poema en forma de broche el de la hermandad salesiana de adornar y repartir li-

bélulas para los enfermos y para los que buscan Redención y Salud! Libélulas: símbolo de fuerza, de naturaleza viva, de manantial, de agua, de Salud.

Quienes han estado en la intimidad de la trabajadera del palio han escuchado al padre que pide por su hija enferma o a la nieta que pide calmar el dolor de su abuelo (...). Quienes han estado tras los respiraderos del palio de la Salud saben tanto de la honda desesperación como del sosiego que les produce la mirada de la Madre de Dios.

Una mujer se les acercó por la gasolinera, en un espacio abierto. En la inmensidad de lo artificial hay lugar para la fe. La mujer que era la imagen de la desesperación acertó a decir entre lágrimas: “mi madre se muere en casa y he bajado para pedirle salud”. Se arrió el paso y se hizo una llamada en señal de rogativa. La mujer volvió a su casa con el semblante renovado de saberse escuchada y atendida. Ese es también el valor de una hermandad, su compromiso con los demás.

Su fuerza empática es correspondida y se demuestra a la una y media de la noche por el barrio con más de sesenta monaguillos de todas las edades aguantando uno de los recorridos más largos de Granada (...). Y ninguno quiere decir adiós. “Chiquillo, que ya es hora, que ya has cumplido”, pero ninguno se mueve hasta asegurarse que los Santos Titulares están de nuevo en casa.

Casa, barrio, Zaidín. Allí quería regresar el hermano mayor de la Sagrada Lanzada, Javier Sierra, de profesión enfermero. Fue de los primeros sanitarios granadinos en contraer el coronavirus. Convivía y convive con el enemigo común y el enemigo entró en su cuerpo aunque no en su alma. Durante quince días de oxígeno terapia recorrió por su mente muchos recuerdos de Martes Santo. Jugó con la ironía de saber que una letra lo cambia todo como la diferencia entre los respiraderos de la Caridad y los respiradores del PTS. Si bien los respiraderos insuflan la vida, la ilusión, la fe y el esfuerzo, el respirador lo mantuvo conectado a la vida y a su historia. Recuerda la bendición de la “Puerta de la Gloria” que amplió las miradas para que, majestuoso, saliera y entrara el paso de misterio de la Sagrada Lanzada. Lanzada que parte la vida y acentúa la entrega. “Vi agua fluyendo del lado derecho del templo, aleluya, y todos aquellos a quienes llegaba el agua eran salvados y dirán, aleluya, aleluya”.

Javier, en plena neumonía bilateral, exprimiendo los pulmones para respirar, soñaba con otro Martes Santo por el barrio y con su gente. Y de repente entró en comunión con las imágenes sagradas. De nuevo las humildes estampas que muestran la Gloria. Y el ánimo del enfermo, enredado en su propia noria, se

eleva por encima de Longinos igual que se agazapa para acompañar a las costaleras en otra chicotá para la memoria. Javier volvió a casa. El hogar, el barrio trabajador: Zaidín.

Zaidín de Trabajo y de Luz. Lunes Santo, Calle Polinario. Y tantos zaidineros, custodios diarios del Señor del Trabajo y de la Virgen de la Luz, emocionados. Son ellos quienes los visitan a diario para llevarles una flor, para decirle que no están solos, para compartir sus confidencias, para expresarle un amor irrenunciable que así fue desde aquella vez que algunos hermanos, privilegiados, recogían las virutas de madera que el trabajo del imaginero Eduardo Espinosa Alfambra iba creando en su taller de la Cuesta de Santa Inés. El Señor busca el Consuelo, tal vez una respuesta del cielo en su inmensa resignación mientras el sayón desalmado lo arrastra por un lecho de iris morado. Eduardo, el maestro Espinosa Alfambra, ya recogió las virutas del tiempo para subir al cielo y contemplar con orgullo que su obra pertenece al pueblo, pertenece al barrio. Y el barrio no tiene fronteras: el zaidinero nace donde quiere. Una zaidinera de Cádiz vio por Andalucía Directo -el programa que tuve el privilegio de conducir precisamente en su retransmisión de Semana Santa durante varias temporadas- la imagen del Señor del Trabajo. Aquella joven, con la vida echada por alto, le pidió trabajo.

Al poco la contrataron, apenas el Miércoles Santo. Lo contaba con gracia y se vino hasta Granada con su ramo de flores y sus ojos convertidos en río para decirle gracias por el deseo concedido. ¡Qué grande es la fuerza de la devoción como la de las costaleras! Avanza ya el Zaidín por la avenida. El romano indica el camino y Granada espera en los balcones y en las aceras.

Siempre hay una influencia, una señal, un familiar o un amigo que despierta en uno el interés por la Semana Santa. En mi caso fue un amigo y fue mi jefe, un locutor, Javier Tortosa quien me descubrió en Radio Granada desde su pasión por la hermandad de la Aurora mi pasión por la Semana Santa. Releo con emoción sus entrañables “Versos de Pasión”. Y me recuerdo haciendo el control técnico del programa “Granada Cofrade” de mi querido Jorge Martínez. Amigos, compañeros, maestros que fueron una Cruz de Guía, sin yo saberlo, de mis propias inquietudes cofrades. Pepe del Real, Enrique Seijas, Tito Ortiz, José de Vicente, José Luis Ramírez, Encarna Ximénez de Cisneros, Ramón Burgos, Joaquín Abras, Jorge de la Chica, Fernando Argüelles, Rafa Troyano, Juanjo Ibáñez, Roberto Martín, Eduardo Salamanca, Sergio Berbel, Juan Bedmar, Luis Javier López. Juan

Ortiz. (Orfer), Manolo García, Ramón L. Pérez, José María Molero, Alfredo Aguilar, Alejandro Cámara. Manuel Lirola, Eusebio Rodrigo, Fernando López, Luis Javier Quesada, Modesto Velasco. El maestro José Antonio Larcancel y las referencias siempre presentes en la Radio de toda una vida, de Mercedes Domenech y mi siempre recordado Juan Bustos. Y tantos otros que no menciono por injustificable desmemoria. Tortosa me mostró la alegría fervorosa del Albaicín compartiendo por los Grifos de San José el regreso de Nuestro Padre Jesús de la Perdón y la Virgen de la Aurora. Hay allí un pequeño balcón donde Doña Emilia llamaba a toda la familia a poner las colgaduras para recibir a los Santos Titulares y mostrar su orgullo de barrio y de pertenencia.

Donde hay una hermandad hay respeto, mimo, cuidado por el entorno, no hay un grafiti inoportuno ni un desarreglo, al contrario, hay un empeño por embellecer la belleza. La hermandad de la Aurora es un buen ejemplo con la recuperación para la ciudad de San Miguel Bajo. Recuerdo hace dos años, con la lluvia fuera, el momento de encendida intimidad en el interior del templo pudiendo verlos de cerca. Me cautivó para siempre. María irradia la contención, la seguridad, la confianza de la resurrección de su Hijo sometido a la afrenta y al escarnio y que no duda en su columna, sin embargo, en perdonarnos. Suena “Palio blanco”, de Miguel Sánchez Ruzafa. Los ecos de la ciudad elevan su ánimo: ¡Aurora, guapa, guapa! Ecos de un pasado con la memoria del fundador Antonio Berbel o del párroco Javier Alaminos aquel último día frente a Ella en una silla de despedida, en un hasta pronto a la Madre inmortal. Diez años de su coronación en aquella jornada de fiesta donde Granada fue Aurora por la tarde y por la noche.

Permita la vida volver el Jueves Santo a contemplarla de encuentro por la placeta de Cauchiles con el palio de nieve y de sol, de oro y de damasco immaculado, de jarras de ángeles y manto dorado; Granada pone voz a la madrugada y se escapa para decir con el corazón en voz alta: “¡Aurora, guapa, guapa, guapa!”.

Granada íntima. En su prudencia Granada no se muestra con facilidad en toda la extensión de su belleza, de su paisaje interior. Los cármenes son jardines de cipreses cautivos que se fugan hacia el cielo albaicinerero mientras los jazmines y las madre selvas intentan descolgarse por el muro y el aljibe. Es como si el pudor les arrebatara la comparación infinita de la Sierra y la Alhambra. Pero cuando abren sus puertas dejan asomar el paraíso igual que la iglesia de San Juan de los Reyes, la primera en ser bendecida por los Reyes Católicos, cuando se abre de

par en par cada Martes Santo. Se abre un legado de Historia y una costumbre mística. El *empedrao* es testigo del esfuerzo costalero y de la devoción de siglos. El edén se representa en sus frutas bordadas de manzanas, naranjas y granadas, mientras un lecho de naturaleza, de vereda, de cardo, de flor silvestre o de regios magnolios embriagadores exornan el paso. Calle San Juan de los Reyes y una cruz de taracea, la silueta de muerte para Jesús de la Amargura. Granada melancólica, de hermosas maneras, Granada recóndita y a la vez eterna, abierta a la inmensidad. Bajo el paso de la Virgen de los Reyes por el costero que da a la Alhambra, que de puntillas se asoma por el callejón del Horno de Oro, desde el respiradero, con eventual celosía, el costalero se siente el ser más dichoso de la tierra. ¡Qué hermosa visión y qué hermoso museo es el paso de palio! La gloria con el águila real concentra la mirada y la pregunta de un turista mientras no dejo de recordar las pinturas de Fernando González que ahora florecen en lugar de privilegio de la casa hermandad.

Calle San Juan de los Reyes con su Virgen y todo el pueblo del mundo, turistas, curiosos, devotos, camareras y nazarenos conforman una estampa barroca mientras el rezo se agranda y trepa y se pierde y vuelve a nacer. La juventud y la vida se celebra en casa del matrimonio formado por Vicente Gomáriz y Estrella Martínez, el hermano mayor de la hermandad del Vía Crucis y la hermana mayor de La Estrella. Aunque al final entre tanta jerarquía la que manda es su niña. El Martes Santo la pequeña Carmen se queda con la madre y el Jueves Santo al revés. Todo queda en casa. Legado de amor por la Semana Santa. Juventud para la hermandad decana. Genética de amor para la tradición ancestral que marca el tiempo bendito. El sentimiento inmortal.

Sentimiento. Granada en estado puro. Una mano temblorosa acaricia de respeto el dorado del paso majestuoso del Señor de la Sentencia en un contraluz de bosque, de Alhambra, de guardabrisas inquieto, de voz rotunda de respiradero: “¡vamos, corazón!”. Jesús resignado ante la sentencia atroz rodeado de la firme altivez del soldado, del estandarte poderoso del Senatus, mientras Él recoge su gesto y abraza a Granada en sus manos cruzadas. De cerca María, enjuga sus lágrimas en pétalos de rosa, en jarras de exuberancia primaveral. Conserva una sagrada evidencia desde siempre porque “*el Poderoso ha hecho Maravillas en Ella; su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*”.

Generaciones como la que representa Miguel López Escribano, clave en el desarrollo y estética de la hermandad tal y como la conocemos. Su luz permanece como las luminarias del campanario del convento de Zafra volverán a encenderse al regreso, alumbrando el cortejo y el Óvalo perfecto de ojos oscuros que irradian matices azules de un cielo de primavera. Madre espejo de todas las madres. Maravilla de las Maravillas.

El milagro de la vida, la maravillosa certeza de sentirse vivos, transcurre junto al Darro. Metáfora del agua.

Catedral del cielo (firmamento de claveles)

Dimensión triunfal de la fachada de la catedral. Arcos gigantescos apilastrados anunciando el interior. No es un mero retablo en piedra, tiene su propia personalidad extramuros. El profesor Emilio Orozco se pregunta:

“¿Cuántas fachadas españolas del siglo XVII pueden darse como equivalente a ésta? Y aun pensando en lo italiano, hay que reconocer que fuera de los ejemplos del Borromini, el Bernini y Cortona, son contados los casos de fachadas barrocas seiscentistas de la fuerza y originalidad de la granadina”.

Tuve la tentación de crearme en la Florencia española caminando por las inmediaciones de la placeta Alonso Cano y de las Pasiegas pero baste decir Granada donde cada perspectiva es una sorpresa capaz de pasar de la calle abigarrada y estrecha de Alcaicería exótica a la impactante sobriedad del paramento catedralicio, que su pórtico abierto es un firmamento de luz que en su inmensidad acoge y alimenta el espíritu cofrade culminando su estación de penitencia antes del reto aún más satisfactorio de la vuelta al origen como destino de todo. Germina en la memoria el eco sobre las baldosas centenarias avanzando por su nave central. Y mientras, el pregonero reflexiona sobre las voces que conectan al mismo artista sin estar estando: José Risueño. La fachada de la Santa Iglesia Metropolitana ofrece el tondo de la Encarnación. Risueño en piedra.

Imaginemos por un momento la sensación del artista contemplando el movimiento del Santísimo Cristo del Consuelo, nacido de su gubia, cruzando la rampa y entrando en la catedral bajo el altorrelieve. El que fuera presidente de los arquitectos de Granada, el añorado Alejandro Pérez Lastra, me trasladó en una ocasión su envidia sana al comparar la frustración de un arquitecto o un escultor que casi

nunca verá, me decía, la reacción del público ante su obra, en tanto que el músico genera su arte y goza de la reacción instantánea del *escuchante*. Por eso me gusta pensar que Risueño, hacedor de tanta granadina belleza, estará presente, en la cubierta catedralicia, quizá junto al Arcángel, dominando la vista y el momento de su legado. Para después girar su vista de nuevo hacia el Sacromonte. ¡Qué impresionante es el traslado del Santísimo Cristo del Consuelo y María Santísima del Sacromonte desde la Abadía hasta el Sagrado Corazón!

Sacromonte de mártires, de catacumbas, de libros plúmbeos, de religiosidad elevada; Sacromonte de vereda y de pita, de roca y de vista deslumbrante en la media tarde del valle. El lugar donde cobra más sentido la *ganivetiana* frase: “el horizonte está en los ojos”. Plaza Nueva, durante el traslado, es la ebullición de los sentimientos, del anuncio de los días grandes que ya lo parecen en ese justo instante.

El ciclo de la vida. He vuelto años después cerrando el círculo de las sensaciones más genuinas y entrañables con mi pequeña Lucía para disfrutar esta vez de todo el desfile procesional desde la iglesia del Sagrado Corazón. El templo de los Jesuitas donde solía asistir a misa con mis abuelos antes de corretear junto a la entrada por Gran Vía: “Niño, ten cuidado”. Ahora era yo quién prevenía a mi niña, sintiendo un pellizco de ausencias al ver a la hermandad de los Gitanos. ¡Cuántos contrastes! Los silencios de tensión respetuosa, en ese equilibrio a gatas para alcanzar la calle dirigidos por el oficio capataz de Francisco Rodríguez y Eduardo de la Torre, frente a la alegría flamenca, ebullición y hoguera desde el Peso de la Harina, cuesta del Chapiz. Granada y su fervor universal con la Alhambra encendida por horizonte, en un éxtasis magistral subiendo hasta el Sacromonte.

Cuesta del Chapiz, escuelas del Ave María. El alma de Don Andrés Manjón. “De la escuela salí yo pobre e inculto, a sufrir muchos bochornos y trabajos en el mundo, por falta de una buena instrucción primera, y desde que conocí lo que ésta valía, prometí, si Dios me daba medios, dedicarlos a fundar y dotar una buena escuela”. Granada de los santos parajes. Desde el Chapiz hasta el Triunfo. La Inmaculada Concepción de María sobre la columna romana, la obra de Alonso de Mena, testigo de esta ciudad concepcionista, icono de profunda religiosidad que marca lo que Francisco Henríquez de Jorquera calificó como “la mayor entrada de Granada” y no sólo en términos de espaciosidad.

Encrucijada de referencias granadinas: el Hospital Real, el Arco de Elvira y en su historia contemporánea la cripta de Fray Leopoldo, que decía a la familia del enfermo “no pierdas la esperanza”. Y camino de los hospitales, antiguo Camino Real de Santa Fe, la Cruz Blanca levantada “a honra y gloria de Dios y su bendita Madre por los vecinos de este barrio”. Los vecinos de San Lázaro. Tierra de Devoción y barrio humilde que fue arrasado por la tuberculosis. Camino de los hospitales, la Iglesia de San Juan de Letrán sigue siendo el espejo de Fe de aquel barrio entregado a su dolorosa. ¡Qué gran idea sería volver a verla desde el exterior de la calle! Nuestra Señora del Amor y el trabajo está junto a la ventana por donde pasa el enfermo que toca la pared y desea SU presencia en señal de rogativa. Igual que hasta la ermita acudían los vecinos de San Lázaro en las epidemias del pasado. 250 años de amor en San Juan de Letrán se han conmemorado en 2020.

María con su rostro compungido, su cara fina y elegante, reina de San Lázaro y madre de la advocación gremial de los Ferroviarios. Ya nos parece ver al cortejo por la avenida en un mar rojo y verde sobre la túnica enlutada y el recogimiento acompañando al Santísimo Cristo de la Buena Muerte. Avenida de farolillos ferroviarios encendidos, de enorme esfuerzo costalero. Los Ferroviarios dicen que tiene otra catedral en San Juan de Dios. Allí aguardan el Rector de la Basílica, la feligresía y los devotos más especiales, los pacientes del hospital de San Rafael. Catedral de emociones solidarias, razón de compromiso y lealtad con el que más sufre, razón de hermandad.

Balcones de Granada. La cofradía de Nuestro Padre Jesús del Rescate por la Calle San Miguel Alta. Hay un balcón que prácticamente mira frente por frente a la imagen del Señor. Cada año salían a su encuentro un matrimonio. Y lo hacían en bata, como si despertaran de un sueño, como si quisieran despedir a su ilustre Vecino, como si entrara una vez al año en su casa para desearles buenas noches, como si al santiguarse antes de volver a cogerse ambos de la mano quisieran decirle: “aquí estamos esperándote cada año”. Un año solo salió ella. Los hermanos del cortejo del Rescate levantaron sus ojos buscando la anécdota entrañable en su sencillez y motivo de chascarrillo posterior, pero se toparon con la realidad de la vida y la muerte. La señora rompió a llorar. Fue un diálogo sin palabras, de miradas y de llantos. Un castellano me preguntó un día por el popular concepto de “pellizco”.

Pellizco es contemplar la llegada de la hermandad de mi barrio hasta las Siervas del Evangelio, las catequistas de los niños de La Magdalena, y ver la emoción derramada y el recuerdo a mi tía Rosario en una tarde de Lunes Santo de procesión por nuestro barrio. Pellizco de claveles. Primer viernes de marzo. El besapiés del Señor. La abuela con el nieto en su primera vez. Claveles para el paso, familias enteras que se suman a la tradición, generaciones de aroma y color. De excursión infantil al quiosco de Ana, en la Plaza de Birrambla, a por claveles: “hoy serán dos para ÉL”. Pellizco escuchando los ensayos por el barrio. O al encontrarte con el espejo de la vida. Saber que tú cambias pero que Él se mantiene inalterable, esperándote.

Aquel a quién una madre querría curarle el oscuro moratón de la mejilla. Aquel que lo dio todo por los demás: *“Otra vez salió fuera Pilato y les dijo: aquí os lo traigo para que veáis que no hallo en Él ningún crimen”*. Es imposible mirar hacia otro lado, ni lavarse las manos en señal condescendiente ante el horror y la injusticia, es imposible quedarse impasible: su presencia impulsa el deseo de rescatar de su tormento a quien con la mirada perdida asume su dolor y nos invita a relativizar, transmitiendo serenidad y dulzura. Claveles para el Señor, amor para el Señor. La Magdalena y el barrio es un jardín de gratitud hecho de lágrima y pétalo, un primaveral mensaje para Nuestro Padre Jesús del Rescate.

Momentos de Semana Santa de Granada. De naranjos universitarios en la plaza donde el emperador de las armas y las letras es testigo de la comunión de la ciudad con el Señor de la Meditación. Suena la Marcha Real y Elisa Alonso Rodelas, la hermana mayor, me cuenta que lloraba, pero de felicidad y que le temblaban las piernas, pero de emoción porque no hay cansancio cuando se lleva a Cristo sobre la cerviz. Así lo vivía y así lo viven sus hermanas costaleras. Pienso en quienes por primera vez atisban entra la niebla de incienso el paso impresionante de los Estudiantes atravesando la portada de San Justo y Pastor. Hasta San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Francisco de Borja parecen asomarse en un escorzo de siglos para contemplar a Jesús sobre la roca, aguardando su tormento, reflexionando por todos, en medio de la violencia de Gestas, el mal ladrón, piedra en mano, desafiando al pueblo.

Ocurre junto a los amenazantes romanos y con la mirada suplicante y admirativa de Dimas. Señor de la Meditación que tanta inspiración desde la fe cause a investigadores y por supuesto a quienes deben invertir para que no nos falte la ciencia cuando más falta nos hace para salvar la vida. Parroquia de San Justo y

Pastor donde recibí el bautismo y donde la devoción renace contemplando a María Santísima de los Remedios con su palio de crestería y los borlos mecidos a compás de la mejor cuadrilla.

Suena la plegaria de la tuna universitaria que con palabras de amor escribiera José Manuel Rodríguez Viedma:

“Madre eterna que formas lamentos en las acacias. Si Granada sintiera tu llanto en el surtidor, sería blanco dulzor el de tus lágrimas. Remediado pañuelo de escarchas”.

Se estira el cortejo junto al jardín botánico y la facultad. ¡Qué hermosa es Granada! Miércoles Santo eternamente expectante esperando para ver a la hermandad de los Estudiantes.

Entrañable Semana Santa de históricas raíces. “Chía, toca” por la Plaza de la Trinidad vuelve el niño que fui a mirar con ojos de chavea a la chiquillería que se acerca sin miedo y con cariñosa osadía a unos personajes extraños en su atuendo y en su colorido. La Semana Santa nos conecta con la sempiterna fragilidad del ser humano, su necesidad de trascender y de rogar ayuda a través de la fe inquebrantable pese a las epidemias o los terremotos.

Lo demostraron aquel grupo de jóvenes que en 1885 cuando el cólera atacaba con más virulencia a la población acudieron a la comunidad religiosa de las jerónimas de Santa Paula para pedir autorización y montar al lado del presbiterio un altar para la Virgen de la Soledad. Como recuerda el comisario para el Reconocimiento Canónico de la Coronación, José Cecilio Cabello Velasco: “si cesaba el infeccioso azote, se le obsequiaría con una nueva corona. Oídas por tan excelsa Madre las fervientes súplicas del pueblo granadino, benigna intercedió ante su divino Hijo, alcanzando de Él la gracia solicitada”.

El día de la coronación las campanas repicaban jubilosas y el barrio del Boquerón era un clamor de alegría que provocaba, esta vez, un feliz contagio. La actual pandemia ha retrasado el reconocimiento canónico de la coronación popular. Otra expectativa feliz pendiente en el calendario de los grandes acontecimientos cofrades de nuestra ciudad.

San Jerónimo, uno de los templos monumentales, más espectaculares que ha visto España. Surge la corona de la devoción y la gratitud con sus doce florones y sus seis imperios; ya aparecen los dos pequeños angelitos portando la estola con los atributos pasionistas. Ya surgen sus ojos entornados y empapados en lá-

grimas que Granada deseara recoger y ayudarle a llevar los tres clavos de plata que entrelaza en sus manos con firmeza, agarrada a la muerte, esperando la resurrección y la vida.

Ya pasa. Ya ha pasado y la atención se concentra ahora en su manto de salida bordado por las Jerónimas hace ciento cuarenta años. Raíces históricas. Aquellos jóvenes que acudieron a Santa Paula se sentirían orgullosos de presenciar este acontecimiento. Y se sobrecogerían ante la impactante imagen del Descendimiento.

El rostro poderoso desencajado y abatido, una obra de arte que como pocas es capaz de expresar la muerte de un modo tan veraz. Y así lo entiende el pueblo con su silencio de respeto en la Plaza de las Pasiegas, cuando se apaga el murmullo y deja de sonar “chía, toca”, mientras un tambor anuncia su llegada a la Catedral de Granada. Tradición, historias y emoción conforman la misma conexión de siglos. Enrañable Semana Santa de raíces históricas. Granada está en vela esperando con amor a la Virgen de la Soledad y al Descendimiento del Señor.

Recuerdos que cobran vida. En la maleta especial guardaba José Luis su capillo y su túnica limpia de cera. Vivían en la Cuesta de Gomérez. Desde chava se aferraba a los balcones con los tambores que atravesaban la Puerta de las Granadas. Su padre era guía turístico, conocedor de los tesoros del paraíso, y su madre, Mercedes, una de las mayores voces que dio la radio. Tuve el honor de ser el último que la entrevistó. Me refiero, claro, a Doña Mercedes Domenech la primera mujer exaltadora de Santa María de la Alhambra antes de mi querida Encarna Ximénez de Cisneros. Imagino la voz rotunda y de verbo fácil de doña Mercedes y su devoción prendida en la palabra desde que salió de camarera.

Cuántos recuerdos, cuántas vivencias. José Luis Ramírez Domenech, su hijo, ha sido mi jefe en Radio Granada, y significa mi referencia para enamorarme como millones de almas de una de las imágenes más impresionantes del universo artístico y por supuesto cofrade. Granada y su paisaje inigualable, de evocaciones exóticas, de culturas engarzadas.

Noventa años de paso, de personalidad granadina, “una muestra de arquitectura en miniatura; de sabor granadino imposible de superar”, recuerda el profesor Miguel López Guadalupe. La Piedad de La Alhambra ampara a Jesús desmadejado, mientras Granada se inclina junto a la Puerta de la Justicia que-

riendo cuidarlo. Y Ángel Ganivet junto a la fuente del tomate inspira un nuevo capítulo para el libro abierto de su “Granada la bella” enseñoreada como ninguna gracias a la gubia de Torcuato Ruiz del Peral. Lo sublime y lo sencillo forman parte de la memoria de la hermandad. La tarea de Ángela Linares, Geli, matriarca de familia cofrade, decana de la hermandad alhambreña, afable con todos y recordada para siempre. Detalles de cercanía, de la poesía de la vida que pasa por el bosque custodiada de agua en cataratas de admiración. De nuevo se cierra el círculo de la infancia que late en los ecos de tambores llegando a Plaza Nueva donde la ciudad espera y el niño sigue aguardando desde un balcón con su maleta.

Sábado Santo de Madre y de Hijo, de castillo y de templo, de palacio de plata, de llanto y de plegaria acompañando en su eterno pesar a la Virgen de la Alhambra por las calles de Granada.

Epílogo: un sueño de primavera

Fin y principio de todo. Es este un pregón de finales que vuelven a empezar. De recuerdos. Recuerdo al gran José Aguado, “Batato”, esencia de la hermandad de la Estrella. Sentado en las escaleras de la placeta, junto a San Cristóbal preparando las bolas de corcho para pinchar la flor del paso de María Santísima de la Estrella. Lo hacía con verdadera delectación, con el primor del artesano y la ilusión solo comparable a la del niño que mueve las aspas del molino en un *portalico* de Belén o a la del *chavea* que se esmera en redondear el mundo en una bola de cera. Mientras, Mari, la vecina de enfrente, aguardaba en el balcón diciéndose “ya queda un día menos” para verla. Momentos. ¡Qué tremenda emoción escuchar a Andrés García Palacios, el capataz, intentando la maniobra mágica de sortear la clave del arco con la estructura rectangular del palio! De nuevo el reto de la rigidez frente a la capacidad maleable de la devoción. Momentos. La fuerza de ánimo alpinista de subir con garbo por La Alhacaba hasta el puerto de plaza Larga. Dejando atrás el transcurrir por cuestas y recovecos de cal y buganvilla. Aromas de heliotropo y jazmín. Sonido de gatos testigos en tejados y de chiquillería burlesca corriendo por los alrededores del Pasteles. Plaza Larga y el reencuentro con la memoria. En este viaje de ida y vuelta me veo en Plaza Larga subiendo a mi niña Lucía en una silla de enea para acercarse lo máximo al rostro de la Pureza. La plaza es en la víspera de la llegada un ir y venir de sonrisas y de nervios de costaleros de relevo, de camareros de hora



larga y de señoras arregladas con sus mejores galas. Ventanas flamencas y ecos de tambores en la madrugada.

“Ya viene, papá”. Momentos. Disfrutando de la firmeza sensible de Nuestro Padre Jesús de la Pasión. La plaza es un paño violeta, es el beso de dos novios y el abrazo de los que fueron novios y ahora ancianos siguen compartiendo su vida y se estremecen como entonces ante el océano de cirios que alumbran a La Estrella mientras la melodía de la agrupación musical se adueña de lo invisible. El mar de las emociones avanza igual que su mirada fija, llena de atardeceres de plegaria, de puestas de sol agitadas por Sierra Elvira y proyectadas en la fachada albaicinerana. De alegre rocío matinal y melancólica grieta. Avanza con el hoyuelo de su barbilla, con su boca entreabierta pidiendo por todos. Trayendo del cielo un firmamento de promesas ligadas a su manto. Mi padre había sufrido un ictus. Y sé que su foto viajaba, más protegida que nunca, junto al corazón de María.

En ese momento una lágrima cruza la cara de mi hermana y le digo, “no te preocupes, hermana, que padre va con Ella, protegido y amparado bajo el cielo de la Virgen de la Estrella”.

La UCI es el tramo del dolor y la esperanza. Cecilio volvió del sueño y volvió a la vida. No recordaba nada pero sabía que no había estado sólo y comprendió que la UCI no es la antesala de la muerte: es la antesala de la vida. La vida, en su extremo más cruel, muestra lo mejor del ser humano. De todos los que han luchado y luchan en primera línea contra el enemigo común. La ciencia al servicio de la superación. Profesionales de la investigación científica, médicos, enfermeros, celadores, el personal de limpieza conforman una inmensa hermandad cuya esencia de servicio público armoniza con los valores cristianos de solidaridad, generosidad y entrega al prójimo. Una hermandad multidisciplinar donde están las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado o quienes han seguido trabajando con riesgo desde el comercio y la hostelería o quienes quedaron relegados por la crisis económica. Sí que habrá Semana Santa. Estará en el gesto solidario de las cofradías y de su economato. Estará en la intimidad de quien reza por la memoria del ser querido o en la habitación de la UCI donde el enfermo como Cecilio encontró una nueva familia y en tantos casos la última familia. La hermandad de una sociedad que debe unirse más que nunca para encontrar en la diferencia el principio del acuerdo. Sí que habrá Semana Santa mientras haya dolor, muerte y resurrección. Mientras haya fe y esperanza. “No hay que perder la esperanza” le decía Fray Leopoldo a la familia del enfermo al que visitaba. Mientras haya hermandad habrá Semana Santa.

Es este el sueño de una eterna esperanza. De volvernos a encontrar en la ciudad universal, en la capital de la belleza, para compartir la Semana Santa popular, mística y nunca del todo abarcada. La Semana Santa más bella. “Granada, siempre Granada”.

He dicho.

Escrito en Málaga
mirando cada mañana
el blanco horizonte de Sierra Nevada.
Febrero de 2021.

**REAL FEDERACIÓN DE HERMANDADES Y COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA DE LA CIUDAD DE GRANADA**

Plaza de los Lobos, 12

(Centro Ágora)

18002 - GRANADA

Tel: 958 80 49 97

www.hermandadesdegranada.org

